

la iglesia era el de N. P. S. Francisco. Siendo un hecho contestado en autos que el difunto P. Abad rara vez faltaba al coro, es bien seguro que habiendo vivido no hubiera dejado de asistir á oficios eclesiásticos que por sí solos, y prescindiendo de la costumbre eran tan recomendables para llamar la atención del siempre asistente. Desde la entrada en coro á las seis y media y minutos hasta que se le hechó de menos, las muchísimas declaraciones que hay no producen la menor enunciativa sobre ocurrencias en su celda abacial gentes suficientes que andubiesen por los claustros, y se marchasen despues de verificado el asesinato: el presbítero organista D. José Antonio Alvarez volvió de paseo cerca de las siete y media: para ir á su cuarto tenia que pasar por delante de la celda abacial, y ya estaba la puerta cerrada: de los seis seglares que vió entrar el portero. El celador del barrio de San Luis D. Francisco Pedro Gomez, y D. José García Diaz estuvieron de tertulia en la celda del P. don José Moreno: Fernando Hernandez, y D. Alfonso Melero, que subieron á la del P. Hebrero, y que por esta razon pudieran hacerse sospechosos, han sincerado su conducta con la uniformidad y sencillez de sus declaraciones: contra el tabernero Ambrosio de la Fuente; que estuvo en la del P. Antonino Ruiz, no resulta cosa de provecho, y para atribuir al P. D. Antonino Ruiz, y á Carlos Cobos la perpetracion del crimen no hay términos hábiles por ser los dos solos muy poca gente. Sacamos, pues, por una induccion muy conforme á reglas que el asesinato se hizo antes de que se congregase en el coro la comunidad, ó lo que es lo mismo, desde las seis y cuarto, en que vieron vivo al P. Abad los PP. Alcocer, Formigo, Hebrero, Rodriguez y Perez, hasta las seis y media y tres ó cuatro minutos mas, hora en que principiaron los maitines, proviniendo de aqui el haber faltado á cantarlos, ó rezarlos el infeliz asesinado, y entrar tarde y juntos con poca intermision los cinco referidos, incluso el ebdomadario; no siendo tampoco para olvidada la especie manifestada últimamente por el hermano Ciaurriz, de que al tiempo de pasar para ir al coro como á las seis, y veinte y dos minutos por delante del cuarto del P. Abad vió cerrada la puerta que minutos antes habian visto abierta los otros cinco monges espresados, y sintió que cerraron la mampara. Entonces, entonces estaba sufriendo el desventurado D. Pedro María Gayon las angustias, y dolores que se dejan discurrir, porque entonces podia estar, y estaba congregado el número de los precisos para atarle, degollarle y bajarle al suelo, poniéndole los colchones encima.